

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 3.º
GIJÓN

SIGÁMOSLE

Anthea veía muy de cerca al Nazareno; veíale los rizados cabellos agitados por suave brisa; veía el morado reflejo de la túnica escarlata teñir tristemente aquella faz pálida y diáfana.

Las oleadas de la multitud que forcejaba para acercarse a El, estrujaban a los soldados, los que viéronse en la precisión de protegerle formando un círculo con sus lanzas. Puños crispados que amenazaban, miradas salvajes, dientes cerrados, el cabello en desorden, ademanes de rabia, bocas espumeantes y las voces roncas de tanto gritar.

Y El extendía una mirada de amor sobre aquella multitud loca y parecía preguntarle: «¿Qué mal os hice?»

Después elevó los ojos al cielo... ¡oraba y... perdonaba!

—¡Anthea! ¡Anthea! exclamó Cinna con voz conmovida.

Anthea nada oía. De sus ojos caían gruesas lágrimas.

Olvidando la enfermedad, olvidando que desde largos días carecía de fuerzas para abandonar sin ayuda la litera, de súbito se levanta loca de dolor, el alma henchida de lástima, temblando de indignación contra los ciegos aullidos de aquel populacho sin entrañas, y cogiendo los jacintos y las flores de manzano que adornaban la litera avanza bella, majestuosa, y las echa a los pies del Nazareno.

Siguió un momento de silencio. La muchedumbre calla admirada al ver una noble romana inclinarse ante el Condenado.

Y El fijó su mirada compasiva en aquel rostro enfermo, demacrado y sus labios se agitaron dulcemente como para murmurar una bendición.

Hundida en las almohadas de la litera Anthea sentíase inundada por océanos de luz, de misericordia, de esperanza, de felicidad... y otra vez sus labios murmuraron:

—¡La Verdad... es El!

Y de nuevo las lágrimas velaron sus ojos.

Los soldados empujaron al Nazareno hacia adelante a cincuenta pasos de

la litera, cabe los tres hoyos, cavados en la roca, que debían recibir las cruces. La multitud volvió a ocultarlo a las miradas de Anthea.

Pero como la colina era alta, al breve rato Anthea volvió de nuevo el rostro pálido, coronado de espinas.

Los legionarios dispersaron a palos aquel populacho sediento de sangre, para que no entorpeciera la ejecución.

Empezó el suplicio crucificando a los dos ladrones en las cruces laterales.

En la tercera, que era la de enmedio, habían clavado un pergamino que el viento agitaba.

Y el viento del Norte soplaba con fuerza creciente...

Los soldados se acercaron al Nazareno; quisieron desnudarle, y la turba aulló:

—¡A Ti! ¡a Ti!, ¡oh Rey!

—¡Rey! ¿dónde están tus cohortes?.. ¡Defiéndete!

Una carcajada insultante agitó la soldadesca, y la repitió el populacho y se extendió por toda la colina.

En tanto los verdugos tendieron a Cristo en el suelo, y se dispusieron a clavarle las manos en el travesaño de la cruz para así clavado subirle al árbol.

En aquel momento un hombre que vestía una clámide blanca cayó de rodillas, y echándose sobre la cabeza polvo y ceniza, empezó a gritar con voz herida por la desesperación:

—¡Era un leproso... y El me curó!... ¡Y le crucifican!

El rostro de Anthea cubriose de mortal palidez.

—¿Oíste, Cayo?... ¡curado!... ¡Y El le curó!

—¡Anthea! ¿quieres que nos vayamos? preguntó Cinna.

—¡No, no... yo me quedo!

Al oír aquellas angustiosas palabras Cinna sintióse preso de una desesperación salvaje, inmensa, por no haber llamado al Nazareno y rogádole que curase a su adorada Anthea.

Pero ya los soldados apuntaban los clavos en las manos de Jesús y golpeaban con el martillo.

Oyéronse primero golpes sordos,

velados, de hierro contra hierro, luego luego fueron más sonoros; los clavos habían pasado la carne y se fijaban en la madera.

La multitud callaba. Dijérase esperaba con avidez saborear las quejas que el dolor del cruel suplicio arrancaría al Nazareno.

Pero El no exhaló ni un suspiro, y en la majestad del silencio resonaron terribles, siniestros, los golpes del martillo.

Cuando hubieron acabado levantaron el travesaño con el cuerpo.

El centurión que dirigía el cumplimiento de la sentencia daba las órdenes con voz monótona, pronunciando calmamente sílaba por sílaba... Uno de los soldados púsose a clavar los pies al Nazareno.

Entonces las nubes que desde la madrugada se aglomeraban en el horizonte velaron por completo el sol, y apagáronse la aureola que vestía las rocas vecinas y la brillante vibración de las colinas lejanas. Se extendió por la tierra la luz del crepúsculo. Un velo siniestro y cobrizo obscureció el firmamento, y a medida que el sol se hundía tras las montañas de nubes, la obscuridad era más densa, más triste. Dijérase que invadían la tierra tinieblas de sangre. Soplaron dos rachas de viento huracanado: luego cesó. La atmósfera era pesada, casi irrespirable.

Se extinguieron los últimos destellos de luz rojiza. Las negras nubes se agitaron aglomerándose y luego avanzaron, cual ejército compacto, al asalto de la ciudad y las alturas... Era la tempestad.

—¡Vámonos! dijo Cinna.

—Espera... espera... ¡quiero verte otra vez! contestó Anthea.

La obscuridad velaba los cuerpos de los crucificados.

Cinna mandó acercar la litera a la cruz. Quedaron a pocos pasos del Crucificado.

Destacándose sobre el bístre oscuro de la cruz, entre las tinieblas que cubrían el mundo, el cuerpo del Crucificado pareció a Anthea vestido, aureolado de rayos de luna.

El pecho agitado por penosa respiración, la cabeza inclinada, sus ojos clavados al cielo.

De súbito un ruido sordo recorre las nubes amenazadoras. Brilla el relámpago.

pago y el trueno rueda por el espacio con espantoso fragor, que va muriendo lenta, majestuosamente cual perdido entre cavernas inmensas y repetido por ecos cada vez más lejanos. más suaves, más débiles... ¡Pero luego renace con fuerza siempre nueva, y estallan a la vez cien truenos y se repiten y se multiplican y... la tierra tiembla!

Simultáneamente una luz inmensa, incolora, rasga las nubes, ilumina el cielo, la tierra, las corazas de los soldados: el populacho está aterrorizado, ansioso, compacto como rebaño. Y tras esta luz las tinieblas fueron más horribles.

Anthea y las mujeres que se hallaban junto a la cruz lloraban. Aquellos gemidos interrumpiendo la majestad del silencio tenían algo de terrible. De la multitud salieron gritos. Aquí y allá se oían voces que temblando gritaban:

—¡Hemos crucificado al Justo!

—¡Al que enseñaba la verdad!

—¡Al que resucitaba a los muertos!

Una voz estridente grita:

—¡Ay de ti, Jerusalén!

Y otra clama:

—¡La tierra tiembla!

Nuevos rayos de luz abren los abismos del cielo, y festoneando las nubes los muestran poblados de monstruos, de fantasmas gigantescos, que irradiaban luz rojiza, misteriosa.

El huracán despertando de su momentáneo letargo pasa por la colina con furia irresistible, y arrebatando turbantes y mantos, y levanta columnas de polvo, de hojas, de piedras que revueltas suben danzando vertiginosamente.

De nuevo las voces gritan:

—¡La tierra tiembla!

Muchos espectadores huyen a la desbandada locos de terror; otros permanecen inmóviles, petrificados, sin otra idea que el conocimiento vago, confuso, de que presenciaban algo sublimemente terrible.

Pasó breve rato: disminuyó la intensidad de las tinieblas. El viento azotó las nubes, las dividió y volvió a reunir para rasgarlas en mil pedazos.

Aumentó la claridad... se entreabrió el velo sombrío, y por la abertura precipitose un torrente de rayos solares. Todo lo inundó la luz: el Calvario, las cruces, los rostros aterrorizados.

El Nazareno tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, su rostro era pálido como la cera. Los ojos cerrados, los labios cárdenos.

—¡Muerto! murmuró Anthea.

—¡Muerto! repitió Cinna.

Y el centurión hundió su lanza en el costado del Mártir.

La reaparición de la luz y la vista del Muerto dijérase que infundió valor al populacho. Acercóse a la cruz, los soldados se retiraron sin cuidar de cerrarle el paso. Y de nuevo oyéronse las voces sacrílegas:

—¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz!

Anthea contemplaba arrobada aquella cabeza caída, pálida, pero divinamente hermosa, y en voz muy baja cual hablando consigo misma, se decía:

—¿Será verdad que resucitará?

Veía sus ojos vidriosos, sus labios marmóreos, en su rostro manchas amoratadas, sus brazos rígidos, inertes, su cuerpo inmóvil, muerto, y en el tono de la voz de Anthea adivinábase la desesperada duda que la atormentaba.

La misma duda atormentaba el alma de Cinna. El no creía, no podía creer en la resurrección del Nazareno, pero en cambio, estaba cierto, ciertísimo, de que viviendo, por su poder bueno o malo, era el único capaz de curar a Anthea.

La multitud aumentaba alrededor de la cruz. Oíanse sin interrupción sarcásticas carcajadas y voces que rugían:

—¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz!

—¡Baja! repetía Cinna desesperado en lo más íntimo de su corazón. ¡Cúrala, y mi alma será tuya!

De nuevo se extendía sobre la tierra el cielo azul. Las nubes vestían aún las cimas de los montes más altos, pero sobre el Gólgota y sobre la ciudad ya no quedaban nubes ni nieblas. La torre Antonia al beso del sol brillaba cual otro sol. Soplaban suavemente una brisa primaveral, y en el aire purificado por la tempestad volaban las golondrinas a centenares.

Cinna dió orden de regresar.

Largas horas habrían transcurrido de la del mediodía. Próximos a su casa Anthea dijo:

—¡Hoy no ha venido Hécate!

Y Cinna repitió: —¡Hoy no ha venido!

SIENKIEWICZ

(Finaliza en el próximo número)

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Escribas y fariseos, buscaban ocasión de eliminar a Jesús de Nazaret, como lo habían hecho con Juan el Bautista.

Sus frases hirientes llegaban hasta ellos poniéndoles al descubierto toda la perversidad de su corazón. Por eso no podían seguir escuchando pacientemente la condenación constante de sus maldades ni la hipócrita vida que habían organizado alrededor del Templo de Jerusalén.

La prudencia aconsejaba a Jesús un apartamiento momentáneo, pues su hora no había llegado todavía. Herodes veía escaparse de entre las manos la presa divina que él creía era el mismo Juan Bautista, resucitado.

No obstante, la suerte de Jesús estaba decidida; pero la decisión no era obra de los humanos, el mismo Dios había bajado a la tierra para ofrecerse en sacrificio de amor por todos los hombres.

Extraordinario sacrificio el que Jesús iba a realizar. Los siglos venideros contarían a todos los mortales de lo que era capaz el corazón de Dios en su amor hacia las criaturas.

Y desde entonces la perversidad de los hombres sigue implacablemente persiguiendo a los apóstoles de la doctrina de

Cristo que les repiten de continuo la maldad de sus actos, la falta de caridad para con el prójimo, la hipocresía de sus acciones, la inmoralidad en sus negocios, el lujo provocativo y la indiferencia para con las cosas santas.

Una y otra vez, los apóstoles de Jesús Nazareno, cuentan detalles de su vida extraordinaria y explican la doctrina por él predicada. Los escribas y fariseos de hoy, sienten el latigazo de la verdad desnuda que les hiere en pleno rostro, poniéndoles al descubierto su maldad. Y hoy como ayer, no dejan oportunidad para herir a su vez a estos apóstoles, repitiendo la intención de Herodes de hacer callar a quien predica la verdad.

La frase intencionada, la burla sarcástica, el desprecio, hasta la compasión misericordiosa, todos son medios para atacar a quien grita ante todos la maldad de una vida llena de corrupción y de escándalo. La frívola vida de algunos padres de familia, que creen de buen tono ofender el nombre de su esposa y el honor de una familia, porque es de hombres ser esclavo de pasiones indignas. Y la niña que se ha presentado en sociedad y no puede dejar de alternar con sus amistades, ni dejar tampoco de concurrir a ciertas fiestas que están «bien» y la mantienen en trato continuo con sus amigos. Ni la vida licenciada del joven que cree imprescindible frecuentar todas las inmoralidades que él cree propias de la edad y del sexo. Y tantos otros de los que ya hemos hablado en otras ocasiones.

Todos ellos, seres despreciables, se creen libres y son esclavos. Se creen más hombres y tienen la mínima cantidad de sexo fuerte, pues a la hora de disponer de su libertad para contraer matrimonio, muchas veces otras ligaduras se lo impiden. Seres desgraciados, dignos de lástima. Y esos son quienes, como en otro tiempo escribas y fariseos, ponen todos los medios a su alcance para ahogar los gritos de la verdad de los apóstoles de Jesús de Nazaret.

Su conciencia les grita que esos hombres dicen verdad y queda al descubierto toda la perversidad de sus actos; pero ellos quieren ser ciegos a esa verdad y no oír la voz de la conciencia que les acusa.

En aquel tiempo la doctrina del amor predicada por Jesús Nazareno era perseguida por la doctrina del odio. Hoy el odio sigue persiguiendo al amor en lucha eterna y desesperada.

Herodes, preocupado con las cosas que de Jesús se contaban y preocupada su conciencia con la degollación del Bautista se preguntaba:

—Cierto. Yo degollé a Juan Bautista. Pero ¿quién puede ser éste de quien oigo tales portentos?

R.

525 pesetas

es el costo de nuestro próximo número extraordinario.

Agradeceríamos a nuestros lectores su cooperación económica.

LA DOLOROSA

Siete espadas de dolor traspasan su corazón. Desde el nacimiento de su hijo ha sentido sobre sí todo el peso de su responsabilidad y ha medido varias veces toda la amargura de madre de un ser divino que trae a la tierra una misión de redención.

No puede rebelarse contra quien la ha escogido «entre todas las mujeres» para tan señalado servicio, porque tiempo antes de realizarse el milagro de la concepción había exclamado sumisamente: «he aquí la esclava del Señor».

En aquellos momentos la revelación hizo ver a la futura madre los grandes dolores y sufrimientos que había de experimentar y que Dios compensaría con grandes alegrías y un eterno galardón. Pero la mujer llega a ser madre y el dolor de su corazón es atormentado con la continua visión profética de sus siete grandes dolores que habían de destrozar su corazón.

En sus primeros tiempos el anciano Simeón vierte ya sobre su corazón materno los primeros amargores de la revelación: «...El será una bandera a la que se hará guerra (y la espada atravesará aun tu propia alma)...» le dice el viejo sacerdote al presentarse en el Templo la madre y el hijo recién nacido. Huye a Egipto más tarde, aconsejada por el Ángel, llevando entre sus brazos a su tierno niño a quien ya quieren quitarle la vida los enemigos del bien y del amor. Pierde a su hijo de doce años de edad que ha quedado en el Templo enseñando ya a los que eran maestros en escrituras sagradas. Y se traspasa de nuevo el corazón de madre al contemplarlo camino del Calvario cargando con la cruz que habían hecho pesada los pecados ajenos. Contempla la terrible agonía de su hijo en la cruz con toda la amargura de una madre dolorosa y siente la intensidad de la lanzada en sus entrañas, con que el centurión romano abre el costado de su hijo muy amado. Para renovar de nuevo su dolor acompañando en triste cortejo el cuerpo destrozado de su hijo hacia la sepultura.

Sufrimiento terrible para una madre, que ha sufrido sus dolores al contemplarlos en su querido hijo y desde que en un principio la revelación le anunció la magnitud de sus sufrimientos que habían de traspasar siete veces su corazón de madre.

Gonsuelo extraordinario para la madre que llora las tristezas que la vida va dejando sembradas a su paso. Resignación grandiosa que la fe católica da a la mujer al contemplar este cuadro de dolor que en el viernes de Dolores se contempla al mirar las lágrimas en los ojos de esa imagen Dolorosa atravesado su corazón por siete espadas de dolor.

X.

LEA en nuestro próximo número extraordinario la CHARLA de actualidad.

El puñal de la Dolorosa

*Qué suerte la del puñal,
que después de hacerte mal
cuando se clava en tu pecho,
logra para su provecho
beber tu savia inmortal.*

*Haciéndote padecer
con refinada tortura,
al clavarse en ti, mujer,
cambia su triste figura
por un celestial placer.*

*Matando en ti una ilusión
que adorabas con empeño,
toma de ti posesión;
te mata, mas se hace dueño
de todo tu corazón.*

*Y tú, sufres virginal,
y al dar al puñal cobijo
en tu pecho maternal,
cambias el amor de un hijo
por la herida de un puñal.*

*Y lavas la hoja de plata
que en el corazón te mata
la más querida ilusión,
con esa sangre escarlata
de tu mismo corazón.*

*De tu heroísmo y virtud
es tanta la magnitud,
que no dejas se te arranque
el puñal, aunque te manque,
pues tiene forma de cruz.*

*Y ese puñal sanguinario
que es causa de tu pasión,
al herirte temerario
transforma tu corazón
en nuevo monte Calvario.*

*Vió tu pecho maternal
de su Dios tan satisfecho
por la gracia celestial,
que sintió ansias el puñal,
y se le clavó en el pecho.*

*Hoja del puñal clavada,
que de tu vida va en pos,
en la misma puñalada,
mezcló tu sangre sagrada
con la sangre de tu Dios.*

*Que Dios que habitaba dentro
de ti como en un joyel,
abandonando tu centro,
salio corriendo a su encuentro,
como a Caín buscó Abel.*

*Y en ese golpe de gracia,
su sed de sangre se sacia
en tu misma cicatriz,
y al precio de tu desgracia
logra el puñal ser feliz.*

*Porque al sentir en su acero
de esa tu sangre el calor
que le dabas con esmero,
vió lo puro y lo sincero
de tu maternal amor.*

*¡Cómo estando así mimado
ese puñal, va a querer
dejarte desocupado
el pecho, si en él ha hallado
la felicidad, mujer!*

*Yo mismo, si fui causante
con mi pecado y mi mal,
de tu dolor agobiante,
quisiera entrar anhelante
en la herida del puñal.*

*Y eternamente escondido
en tu pecho, y al calor
del amor más encendido,
quisiera estar siempre herido
por el fuego de tu amor.*

Hermenegildo RODRIGUEZ

NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO EXTRAORDINARIO

Algunos suscriptores nos han escrito interesándose por la probable publicación de un NUMERO EXTRAORDINARIO en la Semana Santa de este año.

Con objeto de no aumentar el trabajo de esta administración, contestando a cada uno de ellos, les comunicamos que el número correspondiente al día 1 de abril tendrá carácter extraordinario, con un tamaño y formato parecido al del año anterior, encontrándose ya muy adelantado el trabajo de imprenta.

A quienes lo han preguntado les rogamos nos indiquen a la mayor brevedad el número de ejemplares que deseen de dicho extraordinario para repartirlos en sus localidades o autorizándonos a nosotros para hacer el reparto como nos parezca más conveniente.

Los avisos los recibiremos hasta el día 20 del mes actual.

La Administración.

Comentando

LA FOTOGRAFIA

Entre las muchas aficiones que practico, una de las que momentos de más deleite me ha proporcionado, ha sido la fotografía. Yo no soy de esos que con un guiño nos retratan por las calles, ni siento el placer de funcionar el disparador de la máquina ante un grupo más o menos cursi. Esta escena me da la sensación de un fusilamiento.

Huyo, además, de retratar grupos y personas. Me es desagradable ya de por sí, porque me parece una cosa sosa que da por resultado un ramillete de caras, todas mirando hacia el mismo sitio y todas sonriéndose con la misma mueca forzada. Y más antiestética me resulta la posición de los brazos. ¿Nunca os habéis fijado? Pues coged el primer grupo fotográfico que os venga a mano y lo veréis. Si a un señor se le ocurrió cruzarse de brazos, tres o cuatro de los que junto a él están, cruzarán los suyos copiándole la posturita. Si esconde una mano tras la solapa de su chaqueta, y la otra la introduce elegantemente en el bolsillo de su pantalón, muchos de sus vecinos le copiarán despiadadamente. Falta de originalidad. Buscad más posturas, y siempre encontraréis el mismo resultado.

Con las señoras y señoritas, así como con los modos de sentarse los caballeros, no me meto por no alargar más mi trabajo pobre, pero honrado.

Pero lo que de ninguna manera quiero dejar de presentar ante todos, es mi más enérgica protesta contra las exigencias de los fotografiados. Nadie sale a su gusto. Según los propios interesados, a ninguno se le conoce.

A los demás, sí. Todos salen bien menos el que habla. Aquí, no soy yo, ni aquella se me parece en nada, pero que en nada. Yo no soy fotogénica, está visto.

¿Pero es que la gente no se da cuenta de que la máquina no copia deseos, sino realidades? ¿Qué culpa tenemos la máquina o yo de que usted, señorita, al reirse tenga la boca de oreja a

oreja, o de que se le bizquen los ojos de esa manera tan espantosa, o se le respingue la nariz? ¿Acaso yo doy una propina a mi máquina para que a ese pollo se le estire aún más el cuello, se le pliegue esa colgadura de sus narices que llama bigote, y se le ponga cara de susto? ¿Acaso soy yo culpable de que usted, señora gorda, tenga los ojos tan azules que de pollita hayan

sido un motivo de coquetería y ahora sirvan para salir en blanco, como los de la estatua del Comendador, en la fotografía? ¿Acaso mi máquina le odia a usted tanto, caballero panzudo, para resaltar en sus combinaciones de sombras la esférica redondez de su barriga de tendero de pueblo?

¡Mil y mil veces no! O mejor dicho, ni mi máquina ni yo tenemos parte de culpabilidad en que ustedes salgan como son y no como quisieran ser, pero en verdad que quisiéramos tenerla, para ridiculizarles a todos ustedes aún más, en justa venganza de sus exigencias cursis. Por eso, por no caer en la tentación de hacerlo, me he propuesto seriamente nunca retratar grupos ni personas, y dedicarme exclusivamente al paisaje. Y es que los paisajes nunca se quejan. Si se retrata a un alcornoque, por muy alcornoque que salga, se queda tan conforme.

Y si alguno de ustedes desea que le retrate yo, que se atenga a las consecuencias.

HERO.

Materiales de Saneamiento y Construcción

Cuartos de baño, Cocinas, etc.

PROXIMA APERTURA

Alvarez Garaya, 25

Teléfono 1817

GIJON

Arbués

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115

GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Solución al crucigrama núm. 34, por Morán:

HORIZONTALES.—1. Construyo.—2. Cirio. Aréis.—3. Aman. Ista.—4. Ranas. Acosa.—5. MS. Surta. EV.—6. E. Mar. E.—7. Lo. Tasas. OD.—8. Ilión. Ricas.—9. Teas. Raras.—10. Metia. Atéis.—11. Sclayara.

VERTICALES.—A. Carmelita.—B. Cimas. Oléis.—C. Orán. Iato.—D. Sanin. Toses.—E. So Suman. ML.—F. T. Ras. A.—G. Ra. Atrás. Ay.—H. Urica. Sarta.—I. Yeso. Caer.—J. Estio. Oiría.—K. Saavedras.

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

La

CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)